

re tanto á los hombres como á la doctrina. La doctrina es, pues, lo que debemos rechazar con todas nuestras fuerzas. Porque los odios que ha excitado puede excitarlos todavía, la religion puede ser aún un instrumento en manos de la Iglesia; no hay más que un medio de desarmarla, y es quitarle el dominio de las almas.

### § III.—La Iglesia y las pusiones católicas.

#### I.

La persecucion empezó en tiempo de Francisco I. Voltaire se indigna contra un rey que en París entregaba los calvinistas á espantosos suplicios, que hacía procesiones en expiacion de sus errores, que decia que no perdonaria á sus hijos, si fueran culpables, y que sostenia en Alemania á los que exterminaba en sus Estados. Comparemos con esta justa invectiva el juicio de un historiador católico. El Padre *Daniel* cuenta que se encendieron las hogueras en las plazas principales de París en el momento en que pasaba el rey, y despues añade: « Francisco quiso, para atraer sobre sus armas la bendicion del cielo, dar este ejemplo señalado de piedad y de celo contra los innovadores » (1). Estas palabras nos revelan el espíritu de la Iglesia y el motivo por qué persiguió á los sectarios. En vano busca excusas Francisco I en sus cartas á los protestantes de Alemania: no ha castigado á los hugonotes, dice, por sus herejías, sino como sediciosos (2). ¿Cuáles eran esos crímenes que el rey tuvo buen cuidado de no precisar, y por los cuales enviaba á la hoguera á aquellos desgraciados? Opiniones teológicas condenadas por la Iglesia, y de las cuales más de una están

(1) DANIEL, *Historia de Francia*, t. V, p. 654.

(2) Francisco I escribió que habia tenido importantes razones para castigar á ciertos súbditos; que no era aquel lugar á propósito para dar á conocer de qué naturaleza habian sido sus crímenes, etc. (SLEIDAN, *Historia de la Reforma*, libro IX.)

aceptadas hoy por gran parte de la cristiandad; no creer en el Purgatorio, rechazar la invocacion de los santos, sostener que los cristianos debian leer la Escritura en lengua vulgar; tales eran algunos de los crímenes considerados como capitales por la Iglesia (1). La naturaleza del delito nos dice cuáles fueron los perseguidores. Apénas estalló la Reforma, escribió el Papa al Parlamento para excitarle á castigar á los nuevos herejes; dió sus bienes al primer ocupante y autorizó á todo fiel para reducir á sus personas á perpétua servidumbre. Segun el soberano Pontífice, la persecucion de los herejes era una obra muy agradable á Dios y saludable para el reino (2). Un concilio reunido en París en 1527 fué todavía más exigente; conjuró al rey, *por las entrañas de la misericordia divina*, á que exterminase á los herejes de su reino; proclamó que era un deber para todos los príncipes unir sus fuerzas para destruir la herejía. El analista romano tiene cuidado de añadir que aquellos reyes de Francia que favorecieron la herejía, perecieron miserablemente (3).

Entre los mártires de la intolerancia no los hay más justos, más santos, que los pobres Valdenses. A éstos no habia crimen que imputarles, ni aún apariencias de sedicion; pacíficos habitantes de los valles, enriquecian á sus señores con su trabajo. Los reyes estaban interesados en dejarlos tranquilos y libres; las gentes de Iglesia fueron las que provocaron la más odiosa y á la vez la más sangrienta de las persecuciones. Los obispos promovieron la condenacion (4). Se necesitaba la orden del rey para llevar á cabo la revolucion; el cardenal de Tournon se valió de la sorpresa para arrancar el consentimiento del rey; hizo poner un sello y un contrasello subrepticios (5). Los obispos de Arles y de Acqs

(1) SLEIDAN, *Historia de la Reforma*, lib. XIV, da la fórmula de exámen que los jueces seguian en sus interrogatorios: no se trata más que de errores dogmáticos.

(2) ISAMBERT, *Recopilacion de leyes*, t. XII, p. 231.—SLEIDAN, *Hist. de la Reforma*.

(3) RAYNALDI *Annales ad a.*, 1527, §§ 92, 93; *ad a.*, 1528, § 101.

(4) SOLDAN, *Geschichte des Protestantismus in Frankreich*, t. I, p. 193 y sig.—DE BÉZE, *Historia eclesiástica*, lib. I (t. I, p. 37, edicion de Ambéres, 1580).

(5) MARTIN, *Historia de Francia*, t. VIII, p. 332.

excitaron al presidente del parlamento de Aix á emplear la fuerza armada para someter á aquellos desgraciados; prometieron por su parte y en nombre del clero de sus diócesis el dinero necesario para los gastos de aquella guerra santa. El vice-legado, obispo de Cavaillon, dió la orden de pasar á los Valdenses al filo de la espada. Entre los bárbaros ejecutores de aquella sentencia bárbara, un jacobino encontró medio de distinguirse por su barbarie; hacía calzar á los llamados criminales botas llenas de sebo hirviendo, les ponía espuelas, y despues les preguntaba en tono de burla si se encontraban bien calzados para viajar (1). El poder real advirtió, aunque tarde, que habia sido instrumento de las malas pasiones de la Iglesia y de la codicia de un magistrado. Se instruyó el proceso del Presidente de Oppède. ¿Quién tomó la defensa de aquel hombre manchado de sangre y fango? El Papa. Su Santidad dirigió un Breve muy apremiante á Enrique II en favor del matador, «perseguido á causa de su celo por la religion» (2). En efecto, la causa del verdugo era la de la Iglesia; un historiador español ensalza la matanza de los Valdenses como el triunfo del catolicismo (3).

Enrique II continuó la política de su padre: aliado de Mauricio de Sajonia, protector de la libertad protestante en Alemania, quemaba los hugonotes en Francia. Sin embargo, aquellas alianzas le imponían temporizaciones. El Papa se quejó. «*Era necesario, dice, llevar los herejes directamente á la hoguera; EL REY, OBRANDO ASÍ, HARIA UNA COSA MUY AGRADABLE Á DIOS.*» El Vicario de Cristo repetía incesantemente «que la herejía era un mal, para el cual era necesario el fuego» (4). Enrique II cedió á estas horribles excitaciones. Dejábanse oír en el Parlamento voces valerosas contra las matanzas religiosas; el rey acudió allí, y despues de haber provocado la discusion, hizo prender á los consejeros sospechosos que habian emitido libremente su opinion. El cardenal Tournon no pudo ménos de alabar aquella emboscada, á

(1) DE THOU, *Historia universal*, lib. VI.

(2) MARTIN, *Historia de Francia*, t. VIII, p. 371.

(3) ULLOA. *Vita de Carlo V*, L, III, 177.

(4) CAPEFIGUE, *Historia de la Reforma*, t. II, p. 49.

la vez que hacía protestas de su humanidad. Era aquella humanidad como la de Felipe II, cuyo ejemplo recomendaba al rey como obra de Dios (1). Cuando el Papa supo la prision de los consejeros, experimentó gran alegría: «vió en esto un buen principio para los asuntos de la religion.» Dijo al embajador de Francia que «la herejía era un crimen tan grande que tan pronto como un hombre se manchaba con ella ya no habia más remedio que aplicarle sin dilacion el fuego» (2). ¡Fuego á los herejes! Tales eran los consejos y las órdenes que enviaba al rey cristianísimo el representante infalible de Dios. Esto al ménos es claro y neto; preferimos esta franca y salvaje expresion de los ódios religiosos á la hipocresía de los neo-católicos que quisieran hacer creer que el catolicismo es inocente de la sangre derramada por la causa de la religion.

Enrique II murió por mano del mismo á quien habia encargado la prision de los miembros del Parlamento de París. Un niño subió al trono; sus consejeros tuvieron algun escrúpulo de hacerle firmar sentencias de muerte. Se pidió una tolerancia, mejor dicho, una moderacion provisional en la aplicacion de los edictos contra los hugonotes, hasta que se decidieran en concilio general los puntos en litigio. El cardenal de Lorena consultó á la Sorbona. ¿Qué respondió el primer cuerpo teológico de la cristiandad? Que la proposicion era herética y tendia á la ruina del Estado y la Iglesia (3). Se reunieron los Estados generales de Orleans; escuchemos los consejos de humanidad que dió el clero á su jóven rey: «Nadie puede negar que la herejía es un mal y un crimen capital, y que el hereje es capitalmente malo, y está, por consiguiente, sujeto á la espada del magistrado.....» Esta es la ley de

(1) RIBIER, *Cartas y Papeles de Estado*, t. II, p. 808: «El rey católico ha hecho hacer grandes ejecuciones en España de dogmatizantes y de gentes de casas principales, sin cuidarse más que de atenuar las cosas, como debe hacerlo un buen príncipe católico.»

(2) RIBIER, *Cartas y Memorias de Estado*, t. II, p. 811, 815.

(3) D'ARGENTRÉ, *Collectio iudiciorum*, t. II, p. 297: «*Hæc propositio que nunquam in controversiam venire debuisset, est plane hæretica, perniciosissima, errorum omnium atque hæresium confirmativa, reipublicæ christianæ tam ecclesiasticæ quam civilis eversiva.*»

Dios: «*Guárdate, dice el Señor, de hacer amistad, de ser aliado, de contraer matrimonio con los herejes; guárdate de que habiten en la tierra, no tengas compasión de ellos. Pégalos, castígalos hasta matarlos.* Después viene la razón del mandamiento: *á fin de que no te hagan pecar contra mí, si crees sus opiniones, lo cual será una ofensa y un escándalo que dará lugar á mi furor contra tí é inmediatamente te reduciré á la nada.* Señor, dice el orador del clero al terminar, para conservar vuestro cetro, guardaos de estas horribles y formidables amenazas » (1).

Los asesinatos jurídicos fueron impotentes para reprimir la herejía. Tertuliano dice que la sangre de los mártires es la semilla de la fe; al morir por su creencia, los mártires protestantes propagaron la Reforma que se quería matar en las hogueras. No había más que un medio de destruir la herejía, y era exterminar á los herejes; una guerra á muerte, sin tregua, sin cuartel; hé aquí el gran remedio para los males de la religión. El jefe de la Iglesia, el vicario de aquél que se llamaba Príncipe de la Paz, fué el que lanzó este grito salvaje. Pío IV, el Papa del concilio de Trento, escribió al rey de Francia que era necesario emplear la fuerza para extirpar la herejía; prometió su apoyo, el auxilio de Felipe II y de los príncipes italianos. El Papa decía incesantemente al hijo mayor de la Iglesia que en materia de herejía *no se debía economizar el hierro ni el fuego* (2). Se sigue discutiendo sobre quién dió principio á las guerras de religión. Hemos dicho que la culpable es la Iglesia, al ménos en el sentido de que su doctrina y sus pasiones son las que han provocado la lucha. Pues bien; hé ahí un papa que ya en 1560, ántes de la matanza de Vassy, ántes de que los hugonotes tomáran las armas, incitó á la guerra, y no solamente en Francia, sino que quería la guerra en toda la cristiandad, donde quiera que la Reforma tuviese partidarios. Pío IV escribió al rey de Francia que rompiera las hostilidades contra la herejía atacando á Ginebra, que allí se encon-

(1) DE LA PLACE, *Del estado de la religión bajo los reyes Enrique, Francisco II y Carlos IX*, lib. IV, p. 96 y 101, edición del Panteón literario.

(2) SARPÍ, *Istoria del concilio Tridentino*, lib. V, c. 54.—LE PLAT, *Monumenta concilii Tridentini*, t. IV, p. 714, 715.

traba el origen del mal que conmovía el Reino y el veneno que lo infestaba. El Papa, sin embargo, no era un fanático ni un hombre sanguinario; era más epicúreo que inquisidor; sus provocaciones á la guerra contra los reformados no eran la expresión de una pasión individual, eran el sentimiento general del catolicismo. A los ojos de Pío IV, las decisiones del concilio de Trento, celebradas hoy como el principio de la reacción católica, no tenían importancia si no iban seguidas de una buena guerra contra los reformados. Un testigo nada sospechoso nos da á conocer los proyectos de la Santa Sede: el embajador de España, Vargas, escribe á Felipe II: «*Dice el Papa que cuando el concilio haya condenado todas las herejías, será necesario, para darle cumplimiento, emplear la fuerza y venir á las manos; éste es, según él, el único medio de contener el contagio que amenaza á toda la cristiandad!*» (1).

## II.

Ahora que conocemos los designios del Pontificado, sabremos á quién atribuir la responsabilidad de los sermones que resonaban en todos los púlpitos de Francia. Los frailes, instrumentos predilectos de la Santa Sede, abrieron el combate. Un religioso de la orden de los Mínimos incitó al pueblo á matar á los hugonotes: «*no tenía que esperar, dice, justicia de los grandes ni de los magistrados, porque éstos también eran luteranos*» (2). No parecieron suficientes al celo de la Iglesia estas persecuciones del clero bajo; se vió en París, cosa inaudita, subir un cardenal al púlpito y predicar, «*en presencia de una increíble afluencia de oyentes, que ántes se debía morir, derramando hasta la última gota de sangre, que permitir, contra el honor de Dios y de su Iglesia, que tuviese cabida en Francia otra religión más que la de sus antepasados.*» Excitó mucho al pueblo á tomar las armas, dice un testigo

(1) GRANVELLE, *Papeles de Estado*, t. VI, p. 401.

(2) DE BÉZE, *Historia eclesiástica*, t. I, p. 166.

ocular. En suma, añade *Pasquier*, no se sabe hablar más que de hogueras, guerra, matanzas y saqueos (1).

Llegamos á la matanza de Vassy. No pudiendo negar la sangre de los hugonotes derramada por manos católicas, los defensores de la Iglesia han intentado lo imposible para lavar á su héroe, el duque de Guisa, al ménos del crimen de premeditación (2). ¡Extraña defensa! Cuando los papas, los cardenales y los frailes predicán la matanza, cuando á continuación los matadores ponen manos á la obra, ¿quién es el culpable? El que extravía hasta el furor las pasiones religiosas debe responder de los excesos de estas pasiones. En el siglo XVI aquellos excesos eran celebrados como virtudes cristianas. Las matanzas de Vassy, que hoy nos inspiran horror, encontraron admiradores hasta en las cátedras llamadas de la verdad: «Mientras los ministros protestantes las condenaban como una impiedad, la mayor y más cruel del mundo, los predicadores católicos sostenían que no era crueldad, puesto que el suceso había tenido lugar por el celo de la religión; alegaban el ejemplo de Moisés, que ordenó á todos los que amaban á Dios que matasen, sin perdonar á nadie, á los que habían doblado la rodilla ante el becerro de oro» (3). Hay más. Una matanza tan espantosa como la de Vassy ensangrentó la ciudad de Sens en la diócesis del cardenal de Lorena. Un fraile la provocó con sus sermones; cuando los asesinos hubieron terminado su tarea, acaeció un milagro que llenó de alegría las almas cristianas; la imagen de Cristo volvió la espalda al sitio en que había estado el templo de los reformados, y hubo sacerdotes que aseguraron que le habían visto derramar lágrimas, lo cual hizo decir á los celosos católicos «que la matanza estaba aprobada como de los labios mismos de Dios» (4). ¡Hé aquí á Dios hecho cómplice del asesinato! En efecto, bajo el punto de vista de la Iglesia, en las matanzas religiosas se defiende la causa de Dios!

Después de las matanzas, la guerra. Pero no era tan fácil ven-

(1) PASQUIER, *Cartas*, IV, 16.

(2) «Es muy dudoso, dice VOLTAIRE, que aquel tumulto haya sido efecto del acaso; todas las apariencias son contrarias.»

(3) CASTELNAU, *Memorias* (PETITOT, XXXIII, 167).

(4) DE BÉZE, *Historia eclesiástica*, II, 396-402.

cer á los hugonotes en los campos de batalla como quemarlos y asesinarlos. Fué necesario entrar en tratos con ellos. La paz de Orleans puso fin al parecer á los furiosos de las pasiones religiosas: ¿por qué no fué más que una corta tregua? Los historiadores católicos imputan la responsabilidad de aquellas guerras, que continuamente renacían, á las intrigas de los partidos y á la ambición de algunos hombres. Hay una causa más profunda; si las paces de religión no fueron más que treguas, fué porque la Iglesia no quería la paz. En el momento en que se celebró el tratado de Orleans, estaba reunido el concilio de Trento: ¿cómo fué acogido por los Padres convocados allí para devolver á la cristiandad la unidad y la armonía? El Papa escribió que el Rey de Francia, al hacer la paz con los herejes, había faltado á sus deberes para con Dios; vió en esto el principio de un cisma (1). Los Padres censuraron vivamente al Rey y á su consejo; dijeron que había incurrido en excomunión por haber tratado con los herejes (2); que no quedaba más que una esperanza de salvación para la Francia, y era que el Rey se hiciese absolver y persiguiese á los hugonotes con todas sus fuerzas (3).

En realidad la paz con los reformados no era más que un engaño; fué firmada con la intención resuelta de no observarla. Los hugonotes reclamaron en vano contra aquel desprecio de la fe jurada; los católicos tenían de su parte la autoridad infalible del Vicario de Dios. Pío V elogió al duque de Nemours por haberse opuesto al cumplimiento de la paz en Lyon y en Grenoble, y le aplaudió por haber dado el ejemplo de una santa desobediencia. ¡Admiremos las lecciones de moralidad que da el Pontificado á los pueblos cristianos! No estamos ya en los tiempos de Alejandro VI, estamos en plena reacción católica. Pío V es un santo, y aquel Papa canonizado, aquel Vicario infalible de Dios no tiene más que palabras de elogio para los que violan sus juramentos! Hé aquí la moralidad católica; es la moralidad de una secta estrecha,

(1) LE PLAT, *Monumenta concilii Tridentini*, t. VI, p. 158.

(2) SARPI, *Istoria del concilio Tridentino*, VII, 82.

(3) Breve del 5 de Julio de 1568.—SOLDAN, *Geschichte des protestantismus in Frankreich*, t. II, p. 306.

que no ve más que condenados fuera del círculo de su Iglesia; ahora bien, entre los hijos de la luz y los hijos de las tinieblas, no hay nada comun, no hay ningún vínculo, ni aún el de la fe jurada. El sentido moral de los católicos se hallaba tan falseado, que lo que hoy condena la razón ilustrada de nuestros tiempos mereció aprobación en el siglo XVI, y era un título de santidad; el biógrafo de Pío V lo celebra por haber encendido la tercera guerra civil en Francia! (1).

No había dinero para hacer la guerra á los hugonotes; el Papa lo encontró. La Iglesia poseía inmensas propiedades, donativos de los fieles; según la intención de los fundadores, debían servir para auxilio de los pobres. Cuando el Estado quitó al clero las riquezas que administraba, y que empleaba en sostener la ociosidad, el lujo y el desorden, el Papa se quejó de espoliación y de robo. Y el Vicario de Cristo autoriza la venta del patrimonio de los pobres, imponiendo la condición, verdaderamente evangélica, de que su importe ha de servir para hacer una guerra de exterminio á los protestantes! (2). En los labios de Pío V el exterminio no era una figura retórica. El Soberano Pontífice no se contentó con facilitar subsidios al rey de Francia; le envió un cuerpo de tropas auxiliares: ¿qué instrucciones dió el Santo Padre á aquellos soldados de Dios? Prohibió al conde de Santa Flora, su general, dar cuartel á ningún hugonote; le ordenó matar en el acto á todo el que cayera en sus manos (3). La victoria favoreció al ejército católico. Tal vez el triunfo ablandará aquella alma de inquisidor y le inspirará alguna compasión hácia los vencidos. ¡La compasión á los herejes sería un crimen! Escuchemos la voz de un santo, recomendando rigor inexorable á una mujer y quejándose de que se perdona á los prisioneros. Pío V escribe á Catalina de Médicis: «De ninguna manera, y por ninguna causa, se debe perdonar á los enemigos de Dios.... Ningún respeto humano de-

(1) GABUTIUS, *Vita Pii V*, p. 69. (*Acta Sanctorum*, MAYO, t. I.)

(2) *Bullarium Magnum*, t. III, *Addenda*, p. 149.

(3) CATENA, *Vita di Pio V*, p. 85: «Pio si dolse del conte che non avesse il comandamento di lui osservato d'ammazzar subito qualcunque heretico gli fosse venuto alle mani.»

be induciros á perdonar á los que nunca han perdonado á Dios ni á vos misma.... Solamente por medio de la exterminación completa de los herejes podrá el rey devolver á ese noble reino su antigua religión. Hemos sabido que algunas personas trabajan por salvar la vida á cierto número de prisioneros. Debeis hacer todos los esfuerzos posibles para que esto no suceda y para que esos malvados sean condenados á los suplicios que justamente han merecido» (1). La sociedad laica no se forma idea del odio rudo que domina el alma de los santos, cuando se trata de la causa de Dios. Los soldados se cansan de matar, aún cuando sean los feroces guerreros del siglo XVI. Se entablaron negociaciones para la paz. Pío V, indignado, escribió cartas y más cartas á la reina madre, al rey, á los grandes del reino, para impedir que se hiciese la paz: «Así como no puede haber comunión entre Satanás y los hijos de la luz, dice el Papa, sépase que no puede haber convenio entre católicos y herejes que no esté lleno de fraudes y fingimientos» (2).

Cuando se celebró la paz de San German, Pío V la reprobó como si fuese el mayor de los crímenes; sin tenerla en cuenta para nada, excitó á los cardenales de Borbon y de Lorena á hacer una guerra implacable á los herejes, guerra que no había de concluir hasta su completo exterminio (3).

### III.

Esta es la primera y la última palabra del Pontificado; el jefe de la Iglesia, el Papa que habla en nombre de Dios, que dice ser infalible, impone como un deber á los católicos el combatir á muerte á los herejes. ¿Cómo no habían de excitar tan incesantes

(1) *Epist. Pii V*, 28 de Marzo y 13 de Abril de 1569: «Nullo modo, nullisque de causis hostibus Dei parcendum.... Homines sceleratissimi justis afficiantur suppliciis.»

(2) DE POTTER, *Cartas de Pio V*, p. 83.

(3) DE POTTER, *Cartas de Pio V*, p. 119: «No puede llamarse paz, dice, al tratado por el cual se imponen al rey cristianísimo, por hombres depravados, leyes tan infames y tan funestas á la religión católica. Consideramos esta paz como el golpe más funesto que ha recibido la Francia durante la guerra civil.»

provocaciones pasiones culpables en las clases que se mantenían fieles á la voz del Soberano Pontífice? Los furiosos de la Liga han espantado á la posteridad. No hay nada tan horrible en los anales del 93 como el espectáculo de aquellos furiosos, de aquellos ungidos del Señor, que no se contentan con predicar la matanza, sino que hasta quisieran santificarla en nombre de un Dios de amor!

Las asociaciones católicas existían ya en el año 1565. ¿Quién las formó? ¿Qué pensamiento presidía en ellas? Un hombre que ha desempeñado un funesto papel en la más cruel de las matanzas, *Tavannes*, iniciado en todos los secretos de su partido, dice que «la Liga fué convenida en el concilio de Trento por el cardenal de Lorena bajo el título de *Fraternidad de los católicos en Francia*, á cuyo efecto ofreció el cardenal sus sobrinos, parientes y amigos; lo cual aceptado y admitido desde luego por el Papa, dicho cardenal, de regreso á Francia, persuadió á sus amigos» (1). La Liga es llamada *santa*, se le ha dado este nombre, dice *Tavannes*, «porque *Su Santidad* la ha ordenado, inspirado por los angeles» (2). Hay más: la Liga no es un efecto de la prudencia humana, es «una voz de Dios que ha inflamado los corazones católicos» (3). ¿Qué fin se proponía aquella institución divina? «Todos los asociados juraban que no perdonarían ni sus bienes, ni su vida, ni la de sus hijos, para exterminar por completo á los hugonotes» (4). Es una cruzada, y, así como los papas prometían el paraíso á los que combatían á los infieles, la Liga prometía á sus cómplices la salvación eterna; un obispo dice que todos los que entraban en la santa asociación «se salvarían después de su muerte, y serían para siempre bienaventurados, áun cuando hubiesen matado á su padre, á su madre, á sus hermanos, á sus hermanas y hubiesen cometido toda clase de atrocidades» (5).

(1) TAVANNES, *Memorias* (PETITOT, XXIV, 456).

(2) TAVANNES, *Memorias* (PETITOT, XXV, 329).

(3) Instrucción de la Liga á los diputados enviados al Papa (*Memorias de la Liga*, t. III, p. 320).

(4) *Memorias de CONDÉ*, t. V, p. 316.—CASTELNAU dice que desde 1564 se hablaba de hacer un levantamiento universal de todos los católicos de Francia para acabar con los hugonotes (PETITOT, t. XXXIII, p. 339).

(5) ROSE, obispo de Senlis, en LABITTE, *La democracia de la Liga*, p. 66.

¡Ay de los que se negaban á inscribirse con aquellos furiosos! Las puertas del cielo se cerraban para ellos para siempre: «Los capítulos prohibían á todos los curas y vicarios, so pena de excomunión y suspensión de sus cargos, dar la absolución, ni administrar los Sacramentos á cualquiera de sus parroquianos que no se obligase bajo juramento á firmar la Liga» (1). Para perder á sus adversarios, los predicadores los abrumaban con calumnias estúpidas que recuerdan los sermones electorales de nuestros días; «Enrique IV, dice el cura de San Andrés, nos quitará nuestra religión, nuestra santa misa, nuestras magníficas ceremonias, nuestras reliquias; convertirá nuestras hermosas iglesias en cuadras para sus caballos; matará vuestros sacerdotes y hará de nuestros ornamentos y vestiduras, libreas para sus lacayos. Y esto es tan cierto, añadió aquel loco furioso, como es verdadero el Dios que ahora mismo voy á comer» (2).

Este odioso charlatanismo nos da una idea de las pasiones que animaban á los individuos de la Liga; ellos no las ocultaban; los pulpitos resonaban con frases espantosas. Algunos días antes de la muerte de Enrique III, uno de los jefes de la Liga, teniendo escrúpulo de cumplir con la Pascua á causa de los sentimientos de venganza que sentía en su alma, consultó con su confesor: «Teneis cargo de conciencia por nada, le respondió el hombre de Dios; yo que consagro todos los días en la misa el precioso cuerpo de Nuestro Señor, no tendría ningún escrúpulo de matar al tirano, á ménos que estuviese en el altar y tuviese una hostia en la mano» (3). La nobleza dudaba en lanzarse en una carrera de sangre; el rey dudaba en hacerse el verdugo de su pueblo. Predicadores fanáticos se encargaron de ahogar todo instinto de humanidad, censurando la humanidad como un crimen contra Dios. Oigamos al obispo de Xaintes: «Nuestra nobleza no quiere herir á los herejes. ¿No es una gran crueldad, dicen, desenvainar la espada contra su hermano? Pues yo digo que puesto que no quieres herir al hugonote, no tienes religión. Pero Dios algún día

(1) *Memorias de la Liga*, t. II, p. 255.—*Archivos curiosos*, t. XII, p. 337.

(2) L'ESTOILE, *Memorias* (PETITOT, t. XLVI, p. 140).

(3) *Diario de L'ESTOILE*. (LABITTE, *Democracia de la Liga*, p. 78.)

hará justicia y permitirá que esta bastarda nobleza sea aniquilada por el pueblo» (1). Otro obispo dijo en pleno púlpito, que si el rey Carlos IX no quería usar de la espada contra los herejes, era preciso encerrarle en un convento (2). Durante años enteros los ministros de la religion, según un contemporáneo, fueron «trompetas de sedición, verdaderos botafuegos, predicadores de sangre y de carnicería.» Sobre ellos, pues, recae la responsabilidad de las muertes cometidas por toda la Francia (3). El famoso *Boucher* predicaba incesantemente que «era preciso matar y exterminarlo todo; excitaba al pueblo con gestos y con palabras atroces á acometer á los políticos y á deshacerse de ellos.» Todos los predicadores hacían lo mismo: «Era, dice un testigo ocular, la jurisprudencia de los frailes y predicadores de aquellos tiempos, á los cuales los parricidios y los asesinatos más execrables les parecían milagros y obras de Dios» (4). Se censura á la revolucion francesa como un crimen los excesos del 93. ¿Qué dirémos de los excesos de la Liga? Trascribamos, para edificación del siglo XIX, las máximas profesadas por aquellos á quienes se llama oradores sagrados:

«La Francia está enferma; no se curará de esta enfermedad si no se le administraba una bebida compuesta con sangre francesa.»

«Es necesaria una sangría; de ésta manera se matará la enfermedad.»

«La muerte de los políticos es la vida de los católicos» (5).

Recordemos que son sacerdotes ungidos del Señor los que enseñaban estas horribles máximas, y al predicarlas no cometían más que un error, el seguir demasiado fielmente la doctrina de los teólogos: en el sermón pronunciado en la apertura del concilio de Trento, el obispo de Bitonte dijo que la *crueldad* para con los herejes era una *verdadera misericordia*.

(1) *Sermones de VIGOR*, obispo de Xaintes, t. II, p. 25.

(2) DE THOU, *Historia universal*, lib. XLIV.

(3) LABITTE, *Democracia de la Liga*, p. IX.—L'ESTOILE (PETITOT, t. XLVII, 87).

(4) L'ESTOILE (PETITOT, t. XLVI, p. 47 y 9).

(5) LABITTE, *Democracia de la Liga*, p. 50.—L'ESTOILE (PETITOT, t. XLVI, 143).

Los católicos tienen un medio cómodo de ponerse al abrigo de todas las acusaciones: la Iglesia, dicen, no es responsable de los excesos de algunos hombres; la Iglesia no ha predicado la muerte; la Iglesia no es cómplice de los horrores de la Liga. Pero ¿y no son los papas los jefes y los órganos infalibles de la Iglesia? Cuando los papas aconsejan y mandan ¿no es la Iglesia la que habla y obra? Ahora bien; el Pontificado fué quien inspiró la Liga. El objeto de los individuos de la Liga era la destrucción del protestantismo; ¿y qué es lo que Pío V, el papa canonizado, predicó á los católicos de Francia? El exterminio de los herejes. Su último pensamiento fué para la Santa Liga: tenía dinero en una cajita destinada á limosnas; dos días ántes de su muerte dijo á su tesorero que dispusiera de él en favor de los individuos de la Liga (1). Sus sucesores dieron á la Liga la autoridad de su nombre. Desde el año 1584 Gregorio XIII la aprobó, quitando el escrúpulo de conciencia que tenían los jefes de sublevarse contra su rey (2); Gregorio XIV le prometió su apoyo espiritual y temporal (3). Los individuos de la Liga pidieron al Papa que enviase un legado al ejército para consagrar tan santa empresa, *haciendo conocer á toda la cristiandad que marchaba bajo las órdenes y banderas de Su Santidad, que Su Santidad era su jefe, que en ella recaía la gloria y el mérito, así como que todos los católicos ofrecían favorecerla y combatir bajo su nombre y bajo sus banderas*» (4). Gregorio XIV correspondió á este deseo. ¿Cuál fué el primer acto del embajador pontificio? Un acto de insurrección contra el rey legítimo: «Los jefes de la Liga, clérigos y laicos, después de cantada la misa, fueron unos tras otros á jurar sobre el libro de los Evangelios, que estaba abierto ante el legado revestido y presidiendo como pontífice, emplear sus vidas en la conservación y defensa de la religion católica, apostólica, romana, y no prestar jamás obe-

(1) RANKE, *Die römischen Päpste*, t. I, p. 378.

(2) Véanse las palabras mismas del Papa, referidas por Matthieu, el célebre correo de la Liga, en las *Memorias del Duque de NEVERS*, t. I, p. 656.

(3) Bala de 1590 (ISAMBERT, *Recopilación de las antiguas leyes francesas*, tomo XV, p. 19).

(4) *Memorias de la Liga*, t. III, p. 323.

diencia á un rey hereje» (1). Con su presencia en París, el legado dió la consagración del Pontificado á todos los crímenes que se cometieron en nombre del catolicismo. Si hay algún nombre declarado infame, es el de los *Diez y seis*; pues bien, el Santo Padre envió su bendición apostólica á sus queridos hijos los *Diez y seis*, y les exhortó «*á perseverar constantemente*», después de haber empezado «*de una manera tan buena y tan digna de alabanza*»; les señaló al mismo tiempo socorros pecuniarios, «*y áun superiores á lo que sus medios y sus cofres permitían*» (2). Había en Francia católicos sinceros que se negaron á asociarse á un partido cuyas armas eran la sedición y la muerte. En esta división de los fieles, ¿por cuáles se decidió el Papa? El Papa dijo al duque de Nevers: «*Los católicos que han seguido el partido de Enrique IV no son más que hijos bastardos de la esclava, y LOS DE LA LIGA SON LOS VERDADEROS HIJOS LEGÍTIMOS, LOS VERDADEROS BOTARELES, Y HASTA LAS VERDADERAS COLUMNAS DE LA RELIGION CATÓLICA.*» Durante el curso de la negociación para la reconciliación de Enrique IV, el Papa no cesó de tolerar á los de la Liga, los súbditos sublevados, criminales, y «*aprobó todos sus actos*» (3). ¿Se dirá todavía que la Iglesia no tiene nada de comun con la Liga? Hay un acto más sangriento, una mancha más negra de la que en vano tratan los católicos de lavar la Iglesia: ella, su fanatismo, son quien ha cambiado en fieras á los hombres en la noche funesta de San Bartolomé.

#### § IV.—La noche de San Bartolomé.

##### I.

Uno de nuestros grandes historiadores dice, hablando de la noche de San Bartolomé, que no hay nación cuyos anales registren

(1) PALMA CAYET, en PETITOT, t. XL, p. 84.

(2) PALMA CAYET, en PETITOT, t. XL, p. 223.

(3) *Memorias del Duque de NEVERS*, t. II, p. 414.—PALMA CAYET, en PETITOT, t. XLII, p. 49.

un ejemplo de crueldad parecida (1). A decir verdad, los Franceses no fueron más que el instrumento de la Iglesia en aquella noche fatal; la historia no debe perseguir con sus maldiciones á la mano que hiere, sino á quien inspira el crimen. Ahora bien, las pasiones religiosas, exaltadas hasta el frenesí, son las únicas que han hecho posible el crimen; el culpable, pues, no es la Francia, es el catolicismo. Los defensores de la Iglesia protestan enérgicamente contra esta acusación. Según ellos, «*la religión es completamente ajena á las matanzas; no ha intervenido en ellas ni como motivo, ni como consejo, ni como agente*» (2). Los hechos prueban precisamente lo contrario de estas alegaciones. Cuando decimos que el catolicismo es responsable del crimen más espantoso que mancha los anales modernos, no tratamos de acusar la enseñanza de Cristo, sino la doctrina de dominación y de orgullo que los obispos de Roma han levantado sobre el fundamento de algunas frases del Evangelio. Decid á un hombre que es el representante de Dios sobre la tierra; decid á una Iglesia que ella sola posee la verdad revelada por Dios, y daréis á este hombre y á esta Iglesia la ambición legítima, á la vez que monstruosa, de doblegar todas las inteligencias bajo sus leyes; puesto que estas leyes son las de Dios, el que quiere sustraerse á ellas, es un enemigo de Dios; ahora bien, si la sociedad puede castigar á los que desprecian las leyes humanas, ¿qué no le será lícito contra los que violan las leyes divinas?

Hé aquí las máximas que extraviaron á los católicos de Francia en el siglo XVI. Las últimas frases que resonaron en los oídos de Carlos IX, antes de pronunciar la orden fatal de la matanza, fueron lugares comunes de teología: «*No vale más, dice Catalina de Médicis á su hijo, desgarrar estos miembros podridos, que el seno de la Iglesia, esposa de Nuestro Señor? Acabó con un rasgo tomado de los sermones del obispo de Bitonte, que la compasión sería una crueldad, al paso que la crueldad sería misericordia.*»

(1) DE THOU, *Historia universal*, lib. LIII.

(2) Disertación del abad de Caveyrac sobre la noche de San Bartolomé (*Archivos curiosos*, primera serie, t. VII, p. 475).